



EL REY BASILIO

DE

DINAMARCA.

PRIMERA PARTE.

Escucha auditorio noble,
 una Historia verdadera,
 que en láminas de oro y bronce
 era bien, que se esculpiera;
 aunque para referirla
 me valdré de la Suprema
 Sacrosanta Trinidad,
 porque aunque muchos Poétas
 invocan del Dios Apolo
 su mentida sutileza,

y de la fuerte Helicon
 dicen, que beben sus tersas,
 como cristalinas aguas,
 invocando la asistencia
 de las Musas que ellos dicen
 que son nueve, según cuentan,
 todo es fábula y mentira,
 porque solo la Suprema
 inteligencia Divina,
 reparte su mano excelsa

la gracia á todos los hombres,
sin ninguna competencia.
En esta, pues, confiado,
daré principio á la letra:
y digo, que en Dinamarca,
Ciudad populosa y bella,
cuyos altos edificios
asaltan á las Estrellas,
el Sol oculta sus rayos
temeroso de que puedan
sus altas puntas herirle,
dejando á oscuras la tierra.
Era Rey de este Emisferio,
Basilio el Grande: que era
amado de sus vasallos,
por su virtud y prudencia;
que aunque es verdad que los Reyes
por su sangre siempre heredan
sus Monarquías, no todos,
los cariños se grangean,
que esto alcanza la razon,
y la razon no es herencia;
este tal prudente Rey,
tiene una hermosa Princesa,
única, porque su madre
pagó la forzosa deuda
en su parto, no atendiendo
la parca torpe y grosera
su Corona, porque á nadie,
esta fiera la respeta.
Crióse esta hermosa niña,
como ya dije heredera
de Dinamarca, y su Imperio,
y el Cielo dió á manos llenas
á aquella Princesa hermosa
dones de naturaleza:
era en discreta Athalanta,
y Venus en la belleza,
Semiramis en lo fuerte,
y Palas en gentileza;
que aquella manzana de oro
sin duda á ella se le diera.
Como es hermosa y bizarra,

y de su Reino heredera,
los Principes confinantes
pretendian su belleza;
entre los muchos Señores,
que asisten á la grandeza
del gran Rey de Dinamarca,
está un dendo suyo, que era
el Conde Don Federico,
General de mar y tierra:
es discreto y entendido,
y siendo Marte en la guerra,
por su valor invencible,
en la Côte Adonis era,
es muy querido del Rey,
tanto que lo que aconseja,
eso es lo que se hace
sin ninguna diferencia.
Tenia el Conde una hermana,
que es bellissima Duquesa
en sus Estados, que nunca
hizo en la Côte asistencia.
El Conde Don Federico
habló un dia á la Princesa,
diciendo: Dueño y Señora,
hermosísima Princesa,
ya es tiempo, Señora mia,
el que vuestra mano bella
en un Principe se emplee
de tantos como desean,
como rendidos Esclavos,
lograr dicha tan suprema.
La Princesa le responde,
diciendo de esta manera:
Conde, yo tengo un retrato
dentro en mi pecho, y quisiera,
que su dueño fuese solo
quien lograse mi belleza,
mi corona ó mis Estados;
y como aquesto no sea,
no se canse el Rey mi Padre,
ni mi Reino lo pretenda.
Respondió el Conde: Señora,
muéstremelo vuestra Alteza

que yo empeño mi palabra
de hacer vivas diligencias,
aunque en el cabo del Mundo
ese Príncipe estuviera.
La Princesa luego al punto
metiendo su mano bella,
sacó del pecho un espejo,
y se lo dió muy risueña;
el Conde quedó turbado,
y le dice la Princesa:
Pues, Conde, ¿de qué os turbais?
Y el Conde le respondiera:
Princesa y Señora mia,
¿es posible de que quieras,
habiendo Principes tantos
que aspiran á tu grandeza
pagarte tan mal, Señora?
Mira, advierte y considera,
el que yo soy tu vasallo,
tú mi dueño y mi Princesa.
Ya he llegado á declararte,
le dijo en palabras tiernas;
y así, Conde, tu has de ser
el que ciña esta Diadema.
Considere aquí el discreto,
cuando ruega una belleza,
cuando una Corona obliga,
y un Reino se le presenta,
que pudiera hacer ninguno,
sino admitir la propuesta;
respondiòle cortesano.
Y Cupido con dos flechas
hiriò sus dos corazones
recíprocos, de manera,
que se beben los alientos;
pero esto con la decencia,
porque nunca á lo atrevido
abrieron la franca puerta.
A este tiempo á Dinamarca
le puso guerra Suecia;
y el Rey entonces, al Conde
lo envió, para que fuera
como su gran General,

á resistir tanta fuerza.
Obedeció el Conde, y luego
se fué á ver á la Princesa
diciendo lo que su Padre
manda, dispone y ordena:
la Princesa aunque sentia
de Federico la ausencia,
con ánimo generoso,
para que fuera le alienta:
presentóle un Cisne hermoso
que sin duda alguna era
de aquel Carro fabuloso,
que han fingido los Poetas.
Mucho lo agradece el Conde,
y á su hermana la Duquesa
cuenta dá de su partida,
y su hermana le presenta
armas, y una Compañia
de esclarecida Nobleza,
para la guardia y custodia
de su persona discreta.
Partió luego Federico,
dándole al aire banderas
desplegando tafetanes;
y las cajas y trompetas
para la Princesa hermosa
son saétas que atraviesan
aquel corazon amante
de la constante firmeza.
Fuese el Conde, donde dejó
en sus marchas y en sus guerras
por decir, que en Dinamarca,
en aqueste tiempo entra
de Albania un Embajador;
y así que tuvo licencia
de presentar su Embajada,
va pidiendo la Princesa
para el Príncipe Albanés:
y viendo las conveniencias,
que al Reino de Dinamarca
se siguen de esta propuesta.
El Rey y el Consejo todo,
sin dar cuenta á la Princesa,

otorgaron la Embajada
 con alegría, y con fiesta;
 y despues de ya otorgada
 le dan cuenta á la Princesa,
 la cual pesarosa y triste
 viendo á su amante en la guerra,
 y viendo, que de este lance
 no tiene quien la defienda
 y que toda Dinamarca
 que se case le amonesta,
 mirando por este lazo
 del Reino las conveniencias;
 solloza, gime y suspira,
 sin tener quien la defienda.
 En esto un año pasó
 cuando vino de la guerra
 el General Federico,
 victorioso, de manera,
 que banderas y despojos,
 dicen su victoria excelsa.
 Y con aquestas noticias,
 previene solemnes fiestas
 en la grande Dinamarca;
 y fué para la Princesa,
 juzgando fuese su alivio,
 noticia, que mas le alegra.
 Entró el Conde, y luego al punto
 á recibirle saliera
 el Rey con todos sus Grandes;
 salió tambien la Princesa
 en carroza de cristales,
 á darle la enhorabuena.
 Muy alegre estaba el Conde
 cuando el Rey le ha dado cuenta
 como tenia casada
 á su hija la Princesa;
 el Conde quedó turbado,

y embargadas las potencias;
 tanto, que al Rey pareció,
 que aquel accidente era
 que le asaltan de repente;
 y luego al instante ordena,
 que le lleven á su casa,
 cuidando de su asistencia.
 La Princesa luego al punto
 al Conde escribió dos letras,
 diciendo: que aquella noche
 de su jardin á la reja
 le espera sin falta alguna.
 El Conde fué con presteza,
 y antes que el Conde llegase,
 le conoce la Princesa;
 le dice: Conde y Señor,
 muchas desdichas me cercan,
 yo muero desesperada,
 si es que tu no lo remedias:
 llévame mi bien, de aquí,
 que donde quiera que fueras
 quiero ser pobre á tu lado,
 y no en Dinamarca Reina.
 El Conde le respondió;
 ¡No es posible, mi Princesa,
 porque será gran traicion
 á mi sangre y mi nobleza.
 La Princesa, que le vió
 tan semejante respuesta,
 corrida y desesperada,
 le dice de esta manera:
 aleve Conde, mal me pagas
 mi cariño y mi firmeza;
 y cerrando la ventana,
 se fué á llorar. Donde deja
 Bernardo de aquesta Historia
 aquesta parte primera.

Fin de la primera parte.

EL REY BASILIO

DE

DINAMARCA.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije que la Princesa,
desesperada y corrida,
con la respuesta del Conde,
à su cuarto se retira,
y de sus hermosos ojos
disparando baterias
en municiones de perlas,
las rosas de sus mejillas
tristemente cultivaba,
y de esta suerte decia:
Ingrato y aleve Conde,
mal pagastes mis caricias,
falsas fueron tus finezas,
y tus promesas mentidas:
cruel has sido conmigo
mas de leal te acreditas.
Finalmente te resuelve,
aunque con grandes fatigas,
en otorgar los conciertos,
que con Albania tenia.
El Conde cuando lo supo,

à el Rey suplicado habia,
le concediese licencia,
porque era cosa precisa
el volver à sus Estados,
segun su hermana le avisa:
por no hallarse al desposorio
de su Princesa divina.
El Rey y toda su Côte,
sintió mucho su partida;
pero el Príncipe de Albania
apresuró su venida,
y en aceleradas marchas
llegó al Palacio, ó la Quinta
de la Duquesa Isabela,
hermana, que dije arriba
del Gran Conde Federico;
y à recibirle salia;
la Duquesa es muy hermosa,
y por extremo entendida,
es afable y cariñosa,
y en efecto es toda linda,

El Príncipe vió sus ojos,
 su discrecion, gallardia,
 y Cupido le tiró
 una flecha tan activa,
 que el corazon le atraviesa,
 y el alma quedó cautiva.
 Ya no se acuerda del trato,
 ni concierto á que venia:
 solo á la Duquesa adora,
 y á la Princesa no estima;
 porque solo la Duquesa
 es objeto de su vista.
 Y como con gran cortejo
 estuvo allí cuatro dias,
 en vivo fuego abrasado;
 y por mitigar sus iras,
 una noche á media noche,
 hizo la accion atrevida
 de arrojarle á su retrete,
 camarín donde dormia.
 Con una llave maestra,
 una falsa puerta abria,
 la Duquesa está rezando,
 y apenas vió su osadia,
 descolgando dos pistolas,
 de esta suerte le decia:
 Repórtese vuestra Alteza,
 que á su perdicion camina;
 ó vive Dios que en su pecho,
 tiene de ver esculpidas,
 de estos incendios de fuego,
 sus balas insensitivas.
 Por donde entró vuestra Alteza,
 retírese á toda prisa.
 Pero el Príncipe responde:
 Cese, Isabela querida,
 cesen, mi Duquesa hermosa,
 tus bien concertadas iras,
 ¡qué mas balas que tus ojos!
 ¡qué mas rayos que sus niñas!
 de Albania la Real Corona
 hoy á tus plantas la miras,
 tu has de ser Reina, Duquesa,

aquesta mano lo afirma,
 mano y palabra te doy,
 y tambien cédula escrita,
 con mi Sello Real firmada,
 si es que así mi fé acreditas.
 Era el Príncipe galan,
 y la Duquesa, que via
 su noble resolucion,
 y Corona que le brinda;
 todavia no contenta,
 le dice: Príncipe, mira
 lo que emprendes en dejar
 á la Princesa mi prima,
 ofendiendo á Dinamarca,
 lo que resultar podia.
 Este es mi gusto, Duquesa,
 aunque el mundo se arda en iras
 tu has de ser Reina, Isabela,
 esto mi fé lo publica.
 No estoy Príncipe contenta,
 entra en mi oratorio y mira,
 que me jures la palabra,
 ante la Imágen Divina
 de este hermoso Crucifijo.
 Y el Príncipe de rodillas,
 juró por aquella Imágen
 la palabra prometida.
 En su cámara le entra,
 donde entre dulces delicias,
 logró cumplir su deseo,
 que tanto lo apetecia.
 Mas el correo del gusto,
 tan velozmente camina,
 que dentro de breve rato
 desaparece á la vista.
 Entre los tiernos arrullos,
 quedó Isabela dormida;
 vistióse el Príncipe al punto,
 y la Duquesa tenia
 sobre su bufete puesta
 una carta medio escrita
 de cariñosos requiebros,
 que de esta suerte decia:

Glorioso Capitan mio,
mil abrazos dar queria
en lugar de parabienes
á tu dichosa venida.
Esta era para su hermano;
pero el Príncipe entendia,
que seria algun amante
que la Duquesa tenia.
Arrepentido y celoso,
tomando postas aprisa,
á Dinamarca se parte,
dejando esta flor marchita:
Cuando despertó Isabela,
que sus criados le avisan,
que el príncipe por la posta
caminaba á toda prisa,
aquí fueron los suspiros,
las lágrimas y fatigas,
y de su rubia garzeta,
arranca las hebras finas.
De sus galas se despoja,
y de luto se vestia:
todo de negras bayetas
su Palacio lo cubria,
y metida en su oratorio,
está de noche y de dia.
Volvamos al Conde, que,
entre congojas no vistas,
á su Palacio llegó;
y en lugar de telas finas,
miró todas las paredes
de negro luto vestidas;
preguntó, ¿es muerta Isabela?
Y los criados le avisan,
no señor, que el oratorio
es su cámara y su quinta.
Entró el conde á su oratorio,
y la Duquesa dormida
estaba junto á el altar
de negro luto vestida;
y entre sueños y congojas,
tristemente repetia:
Rey Soberano y Eterno,

7
justicia, Señor, justicia,
á Vos ha sido la ofensa,
y el ampararme os precisa.
Ese Príncipe Albanés
con la palabra benigna,
que ante Vos me dió gozó
de mi castidad invicta;
y si mi hermano lo sabe,
tendrá fin mi triste vida.
Oyendo su agravio el Conde,
mano á la daga ponía,
diciéndole: fiera, ingrata,
pagarás tu demasia;
mas á tiempo de ir á darle,
de la Cruz se desprendia
aquel Señor Soberano,
y el impulso detenía:
la daga se le cayó al Conde,
é hincándose de rodillas
el prodigio le suspende,
y su culpa le horroriza.
Despertando la Duquesa
vió el amparo, y se confía
en el Señor Poderoso
que aplacó tan nobles iras.
Contó el suceso á su hermano,
y el Conde le ha dicho: aprisa
desnúdense esas paredes,
vístanse de telas ricas,
ponte tus mejores galas,
y á Dinamarca camina;
que mientras ciño esta espada,
nada á mi me atemoriza.
Dejémolos caminar,
y vamos á la alegría,
las fiestas y los torneos,
que en Dinamarca se hacian,
á celebrar, aplaudiendo
del Príncipe la venida.
La boda se dilató
porque la Princesa invicta,
estaba un poco indispueta,
de graves melancolías;

y solo por alegrarla,
 discurrieron cierto dia
 unos torneos de gala
 y con garvo y gallardia,
 el Príncipe salió en ellos;
 mas á la primer corrida,
 se le desboco el caballo.
 ¡válgame Dios, qué desdicha!
 Midió la tierra infelice,
 y socorriéndole aprisa,
 sin sentido lo llevaron
 á Palacio, y la caída
 tanto le atormento el pecho,
 que así astuvo medio dia,
 de Físicos rodeado,
 y con nobles medicinas.
 En esto al Rey le avisaron,
 como á Palacio venia
 el Conde con la Duquesa,
 su sobrino y su sobrina.
 Salió el Rey á recibirlos,
 y contando la desdicha
 del Príncipe, dijo el Conde:
 Pues gran Señor, mi venida;
 solo es á pedirlos campo
 contra quien me tiraniza
 el honor con falsedades,
 con promesas y mentiras.
 Contóse en fin, el suceso,
 y el Rey suspenso se admira.
 En esto el Príncipe vuelve
 al poder de medicinas;
 y cuando vió á la Duquesa,

le dice: prenda querida,
 tu eres Princesa de Albania,
 aunque yo pierda la vida.
 En el otro mundo he estado,
 y aquella Imágen Divina,
 ante quien te di palabra,
 muy enojado me avisa,
 que te cumpla lo que debo,
 si no quiero ver sus iras:
 conque mi Esposa has de ser,
 aunque me cueste la vida.
 El rey replicó: ¿pues cómo
 desairada queda mi hija?
 Y la Princesa responde,
 mostrando grande alegría:
 Esposo tengo yo, Padre,
 tan bueno, y de tal estima.
 ¿Quién es? le pregunta el Rey,
 el Conde hincó la rodilla,
 y en breve le ha dado cuenta
 de sus venturosas dichas,
 de su lealtad y nobleza,
 y valor que le acredita.
 Con que toda Dinamarca
 con júbilos y alegrías,
 celebraron las dos bodas,
 que se hicieron en un dia.
 De tan peregrino caso,
 tuvo Bermudo noticia,
 y dió á la prensa estos rasgos,
 y al auditorio suplica,
 que perdonen de su pluma,
 las faltas que aquí se admiran.

FIN.